



LOS ACADÉMICOS DE LA VIDA





TEXTO: Jorge Alacid López

FOTOGRAFÍAS: Justo Rodríguez

Confesor laico, psicólogo ocasional y camarada a ratos: el camarero ejerce de navaja suiza en el ecosistema riojano. Sobre todo, los veteranos que defienden las barras más castizas. Repasamos la vida (y milagros) de algunos de ellos.

El largo viaje del ser humano hacia la noche eterna dispone de algunas estaciones de paso. Hitos memorables: es recurrente la hermosa metáfora del abrevadero para diligencias en el Lejano Oeste tutelado por un alma amiga, mitad confesor, mitad confidente, que aguarda al viajero con la perspectiva de algo parecido al confort. Una imagen que bebe también del universo tan caro a Dickens, cuyos viajeros en diligencia por los confines de la Inglaterra rural se apean cuando atardece de su vehículo e ingresan en un mundo desconocido bajo una vaga promesa de hospitalidad, regada de ron caliente y otras golosinas. Hay luz al final del bosque en los cuentos más inolvidables de nuestra infancia, hogares remotos atendidos a veces por una bruja, a veces por un hada. Y una bombilla a menudo brilla al fondo de nuestros pasos noctívagos, cuando peregrinamos hacia Ítaca, ese difuso grial: un sitio donde se esté mejor que en casa. El ansiado bar, en donde aguarda el tripulante de esta nave que casi siempre va.



Chuchí, de El Junco.



El Mere.

Sucede que el camarero de confianza, defensor de nuestras barras favoritas, maneja mejor la brújula que la cartografía. Un leve toque al timón le permite seducir a sus clientes manejando una navaja suiza desbordante de utensilios: una dosis de mano izquierda con el parroquiano enfurruñado, un poco de silencio si detecta que su feligresía lo prefiere mudo, algún chiste cuando el ambiente se apaga. El trago que necesitamos sin haberlo pedido, un bocado que alivie las largas horas del interminable tentempié que encierra la vida en ese lugar llamado provincia. Logroño cuenta con una gloriosa baraja de profesionales diestros en el arte de procurar a su parroquia un territorio tan amigable como ese tipo de hogar dickensiano donde la chimenea nunca se apaga. Camareros adiestrados en la mejor universidad, la de la vida. Peritos en la academia de agasajarnos como si además nos amaran. Lo cual alguna vez será cierto.

Y camareros propietarios de un orgulloso linaje compartido. Porque todas sus biografías, siendo tan desiguales, se recortan contra un telón de fondo gemelo. Donde aparece esa mano amiga que les guía en sus primeros pasos, la alborotada confusión de la primera adolescencia, la construcción definitiva del tipo de profesional que aspiraban ser. Y entonces surge lo que cualquiera de nosotros habrá podido comprobar acodado en su barra predilecta: el nacimiento del personaje. Psicólogo ocasional, padre y madre de su clientela más de una noche, terapeuta de las emociones bañadas en alcohol y sereno vigilante de que las andanzas de sus criaturas acaben donde deben: de vuelta a casa.

Son también legatarios de nuestros sueños, que son sueños compartidos. Cierra los ojos el gran Mere mientras reabre su mítico local de Duquesa de la Victoria y se confiesa: "A veces echo de menos el bar. Volvería a abrirlo, pero



Demetrio Velasco, del inmortal Gurugú.



Mesón Don Chufo.



Café García, en la calle San Juan.



Bar Alfonso, en la calle Villegas.

sólo con la gente que quiero”. Y sueña con los ojos abiertos Demetrio Velasco, memoria viva del inmortal Gurugú: “Cuando me retire, miraré esa puerta cerrada y sentiré que algo me tira”. Un arrebato. La clase de sentimiento que conduce al salmón río arriba, la tentación perenne de regresar a ese espacio amniótico, el país placebo donde todo es posible todos los días. Donde se conjuga el verbo célebre: la palabra reinventar.

Porque la vida resucita en cada meandro de las barras conspicuas, como alerta desde el Mesón Chufo el discreto Abel Carazo mientras

Amor del bueno es el ingrediente que en realidad buscamos en nuestros camareros de confianza

regala algún secreto (“Lo que habrá visto este bar”) y mira hacia la esquina entronizada por los forasteros que aterrizan cada Jueves Flamenco, donde se escribe la historia misteriosa de Logroño que nunca verá la luz. La historia de la ciudad que fue: se asoma Dani García a la calle San Juan donde opera de vigía según los viejos códigos familiares y deja que la nostalgia invada un rato su charla, bien regada de ironía. “Los domingos no son lo que eran”, se queja. Lamento que corrobora Alfonso desde su mesón de la calle Villegas, mientras exhibe orgulloso sus fotos de cuando defendía el Lucans de avenida de Portugal, refractario a la melancolía. “Cualquier tiempo”, alerta, “es mejor que el pasado”. Lo confirma por supuesto Miguel, quien se asoma al ventanuco desde donde ve pasar la vida y divisa la calle Laurel. “Esto es un escaparate”, atestigüa, repasando esa enciclopedia propia, edificada gracias a una biografía tan fértil como la de



El Lorenzo.



El Soriano, en la Calle Laurel.

sus compañeros de oficio, arquitectos del tipo de atmósfera que transforma sus bares en el particular edén de quien demanda no sólo un buen trago: también algo de conversación y una banda sonora genuina. El tipo de hilo musical que garantiza Eldorado, donde Alberto parecería incluso dispuesto a trabajar gratis: “Aquí solo nos falta celebrar una boda”. O las rumbas y rocanrroles que teje Nuria en el Maltés, hechicera de noche y hada buena todo el día. “Mi único deseo es seguir divirtiéndome”, avisa.

Lo cual significa divertir al prójimo tanto como a ti mismo. Con el espíritu propio de quien se confiesa un privilegiado por ejecutar la vocación en que se inició en los años más oscuros de esta ciudad. “Nosotros salimos de la nada, de la auténtica nada”, proclama Chuchi, ideólogo del Junco. Y asiente Enrique Lorenzo, camarero e hijo de camareros, una

de esas sagas tan caras al Logroño hostelero: “Lo importante en un bar es tener un plan. Una identidad propia. Que tu bar sea distinto”. Ah, la diversidad, fuente de un promisorio horizonte, enemiga del monocultivo de bares que amenaza con implantar la dictadura de la globalización. Ese uniformizado universo gris marengo que tanto espanta a los más veteranos, como las buenas gentes del Soriano, parapetadas tras la última sentencia del filósofo de guardia junto a la plancha: “El éxito nunca viene solo, pero no se te puede subir a la cabeza”. Y se espanta también Emiliano, que atendió gentil a un par de generaciones de logroñeses desde los mil bares que alguna vez defendió, mientras obsequia con una reflexión de largo aliento: “Si tienes algo bueno, no le echas nada malo”.

Así que este artículo se va redactando solo. Quien lo escribe ejerce más bien de médium,



Chuchi y Enrique, del Junco



Bar Eldorado.



humilde intermediario entre el pozo de sabiduría hallado al fondo de cada barra y sus improbables lectores. Que cimentan los unos y los otros esa fraternal región “donde los clientes son más que clientes: son amigos”, como reza el eslogan que hacen suyo desde La Travesía las incansables Chus y Jaque. Ese hábitat “familiar” que tanto añora Juan desde la ventana del bar que abrió su padre, el gran Sebas, de cuyo ascensor sigue manando el rico surtido de gollerías nacido de la buena mano para la cocina que acreditó su madre, la legendaria Juani. El mismo discurso que firma desde El Soldado su gurú Manolo, virrey de la calle San Agustín, quien ofrece el atributo indispensable para que su bar ejerza como imán para tantas almas en pena: “Aquí hay calidad y mucho amor”.

Amor del bueno. El ingrediente que en realidad buscamos cuando nos dejamos caer en

el diván de nuestros camareros de confianza. Cuando el mago Colo oficia uno de sus ritos impagables al frente del Bretón, convertido su café en aquello que anhela todo profesional: transformar su bar en un clásico. “Donde el cliente se sienta como en casa”, dispara. Ese cliente que siempre espera algo más. Espera a un psicólogo, un confesor, un terapeuta. Un camarada, una mano amiga, un brujo que mezcle con maestría nuestras canciones inolvidables con sus pócimas benditas. Espera sobre todo un milagro: que cuando ingrese en sus dominios, el camarero haya edificado el tipo de ecosistema favorable para el desarrollo feliz de nuestras tendencias más adormecidas. La facultad para escuchar y ser escuchado. El lujo de ser dueño de nuestros silencios y aguardar alguna palabra más sabia que las propias. Una humilde epifanía: pertenecer a esa nación inexistente llamada bar, dirigida por los mejores alumnos en la academia de la vida.